**Lectura prohibida**

Manguel, Alberto (2014). **Una historia de la lectura.** Buenos Aires: Siglo XXI, p. 275 y ss.

En 1660, Carlos II de Inglaterra, hijo del rey que consultara con tanta mala suerte el oráculo de Virgilio y conocido por sus súbditos como el Rey Alegre por su afección al placer y su odio por los asuntos de Estado, decretó que el Concejo para las Plantaciones Extranjeras debía instruir a los indígenas, sirvientes y esclavos de las colonias británicas en los preceptos del cristianismo. El doctor Johnson, que desde la ventajosa perspectiva de un siglo admiraba al desafortunado rey, dijo que “tuvo el mérito de esforzarse para hacer lo que creyó útil para la salvación de las almas de sus súbditos”[[1]](#footnote-1). El historiador Macaulay[[2]](#footnote-2) que, desde la distancia de dos siglos, no compartía esa admiración por Carlos II, afirmó que para el monarca “el amor a Dios, el amor a la patria, el amor a la familia, el afecto por los amigos, eran frases de la misma especie: delicados y convenientes sinónimos del amor a sí mismo”[[3]](#footnote-3). No está claro por qué Carlos promulgó ese decreto en el primer año de su reinado, a no ser que tal vez lo concibiera como una forma de abrir nuevos horizontes para la tolerancia religiosa, a la que el Parlamento se oponía. Carlos, que a pesar de sus tendencias pro católicas proclamaba su lealtad a la fe protestante, creía (si es que creía en algo) que, como había enseñado Lutero, la salvación eterna dependía de la capacidad de cada individuo para leer por su cuenta la palabra de Dios[[4]](#footnote-4). Pero los británicos que poseían esclavos no estaban convencidos. Les aterraba la idea de “una población negra alfabetizada” que pudiera encontrar en los libros peligrosas ideas revolucionarias. No creían a quienes argumentaban que una alfabetización limitada a la lectura de la Biblia reforzaría los vínculos sociales; se daban cuenta de que, si los esclavos podían leer la Biblia, también podrían leer panfletos abolicionistas, y que incluso en las Escrituras podrían encontrar ideas incendiarias sobre rebelión y libertad[[5]](#footnote-5). La oposición al decreto de Carlos II fue muy fuerte en las colonias americanas, en especial en Carolina del Sur, donde un siglo después se promulgaron estrictas leyes que prohibían enseñar a leer a los negros, tanto esclavos como hombres libres, leyes que siguieron vigentes al menos hasta mediados del siglo xix. Durante siglos, los esclavos afroamericanos aprendieron a leer superando dificultades extraordinarias, arriesgando la vida en un proceso que, debido a los obstáculos que encontraban, a veces les llevaba varios años. Los relatos de su aprendizaje son numerosos y heroicos. La nonagenaria Belle Myers Carothers —entrevistada por el Federal Writers’ Project, una comisión creada en los años treinta para recoger, entre otras cosas, los relatos personales de ex esclavos— recordaba que había aprendido las letras mientras cuidaba al bebé del dueño de la plantación, que jugaba con un rompecabezas alfabético. El dueño, al ver lo que su esclava hacía, la pateó con sus botas. Myers perseveró, estudiando en secreto las letras del rompecabezas, así como unas pocas palabras en un abecedario que había encontrado. Un día, contó, “encontré un libro de himnos... y deletreé ‘Cuando Leo Con Claridad Mi Nombre’. Me sentí tan feliz al comprobar que sabía leer de verdad, que corrí a contárselo a todos los demás esclavos”[[6]](#footnote-6). El amo de Leonard Black una vez lo encontró con un libro y lo azotó con tal violencia “que me hizo olvidar mi sed de conocimientos, y abandoné la lectura hasta después de fugarme”[[7]](#footnote-7). Doc Daniel Dowdy recordaba que “la primera vez que atrapaban a uno tratando de leer o escribir lo azotaban con una correa de cuero, la segunda con un látigo de siete colas y la tercera le cortaban la primera falange del dedo índice”[[8]](#footnote-8). Por todo el Sur de los Estados Unidos era frecuente que los propietarios de plantaciones ahorcaran a cualquier esclavo que tratara de enseñar a los otros a leer[[9]](#footnote-9). En esas circunstancias, los esclavos que querían alfabetizarse se veían obligados a encontrar métodos tortuosos de aprendizaje, ya fuera gracias a otros esclavos o a maestros comprensivos de raza blanca, o bien inventando estratagemas que les permitieran estudiar sin ser observados. El escritor estadounidense Frederick Douglass, que nació en la esclavitud y llegó a ser uno de los abolicionistas más elocuentes de su tiempo, así como fundador de varios diarios políticos, recordaba en su autobiografía: “Escuchar con frecuencia a mi ama leer la Biblia en voz alta... despertó mi curiosidad sobre el misterio de la lectura y provocó en mí el deseo de aprender. Hasta ese momento no sabía nada de ese arte maravilloso, y mi ignorancia e inexperiencia de lo que podía hacer por mí, así como la confianza en mi ama, me alentaron a pedirle que me enseñara a leer... En un tiempo increíblemente corto, gracias a su amabilidad, ya dominaba el alfabeto y podía deletrear palabras de tres o cuatro letras... [Mi amo] prohibió a su mujer que siguiera enseñándome... [pero] la determinación con que quería mantenerme ignorante sólo sirvió para afianzar mi decisión de buscar conocimientos. Por eso, en cuanto al aprendizaje de la lectura, tal vez deba tanto a la oposición de mi amo como a la amabilidad de mi afectuosa ama”[[10]](#footnote-10). Thomas Johnson, un esclavo que más adelante llegó a ser un conocido misionero y predicador en Inglaterra, explicaba que aprendió a leer estudiando las letras en una Biblia que había robado. Como su amo leía todas las noches en voz alta un capítulo del Nuevo Testamento, Johnson consiguió convencerlo de que leyera el mismo varias veces seguidas hasta que se lo aprendió de memoria y luego pudo encontrar las mismas palabras en la página impresa. Además, cuando el hijo de su amo estaba estudiando, Johnson le sugería que leyera parte de la lección en voz alta. “Dios sea alabado”, le decía Johnson al muchacho para animarlo, “léelo otra vez”, cosa que el chico hacía con ganas, convencido de que el esclavo admiraba su talento. Gracias a esas repeticiones, Johnson aprendió lo suficiente como para leer los periódicos y más adelante creó su propia escuela para enseñar a otros a leer[[11]](#footnote-11). Aprender a leer no era, para los esclavos, un pasaporte inmediato para la libertad, sino más bien la forma de acceder a uno de los poderosos instrumentos de sus opresores: el libro. Los dueños de esclavos (como los dictadores, los tiranos, los monarcas absolutos y otros ilícitos detentadores del poder) creían firmemente en el poder de la palabra escrita. Sabían, mucho mejor que algunos lectores, que la lectura es una fuerza que requiere apenas unas pocas palabras para resultar aplastante. Alguien capaz de leer una oración es capaz de leer todo; más importante aún: ese lector ya tiene la posibilidad de reflexionar sobre aquella oración, de actuar de acuerdo con ella, de adjudicarle un significado. “Puedes hacerte el tonto con una oración”, dijo el dramaturgo austríaco Peter Handke. “Imponerte con una oración contra otras oraciones. Nombrar todo lo que se interpone en tu camino y apartarlo. Familiarizarte con todos los objetos. Convertir todos los objetos en una oración con una oración. Puedes meter todos los objetos en tu oración. Con esa oración, todos los objetos te pertenecen. Con esa oración, todos los objetos son tuyos[[12]](#footnote-12)”. Por todas esas razones, había que prohibir la lectura.

Como lo han sabido siglos de dictadores, una multitud analfabeta es más fácil de gobernar; dado que el arte de leer no puede desaprenderse una vez que se ha adquirido, el segundo mejor recurso es limitar su alcance. Por consiguiente, los libros, más que cualquier otra creación humana, han sido la perdición de las dictaduras. El poder absoluto necesita que todas las lecturas sean la lectura oficial; en lugar de bibliotecas completas, de diversas opiniones, la palabra del gobernante debe bastar. Los libros, escribió Voltaire en un panfleto satírico titulado *Del terrible peligro de la lectura*, “disipan la ignorancia, que es custodia y salvaguarda de los Estados bien gobernados”[[13]](#footnote-13). Por eso la censura, de una u otra forma, es el corolario de todo poder, y la historia de la lectura está iluminada con una hilera, al parecer interminable, de hogueras encendidas por los censores, desde los rollos de papiros más antiguos hasta los libros de nuestros tiempos. Las obras de Protágoras se quemaron en Atenas en el año 411 a. C. En el año 213 a. C., el emperador chino Shih Huang-ti trató de acabar con la lectura quemando todos los libros del reino. En el 168 a. C., la Biblioteca Judía de Jerusalén fue deliberadamente destruida durante la revuelta de los macabeos. En el siglo primero de nuestra era, Augusto desterró a los poetas Cornelio Galo y Ovidio y prohibió sus obras. El emperador Calígula ordenó que todos los libros de Homero, Virgilio y Tito Livio fueran quemados (pero el edicto no se llevó a cabo). En el año 303, Diocleciano condenó al fuego a todos los libros cristianos. Y eso era sólo el principio. El joven Goethe, al presenciar la quema de un libro en Frankfurt, tuvo la impresión de asistir a una ejecución. “Ver cómo se castiga un objeto inanimado”, escribió, “es en sí mismo verdaderamente terrible”[[14]](#footnote-14). La esperanza que albergan los que queman libros es que, al hacerlo, conseguirán cancelar la historia y abolir el pasado. El 10 de mayo de 1933, en Berlín, delante de las cámaras, el ministro de propaganda Paul Joseph Goebbels hizo un discurso mientras se quemaban más de veinte mil libros, durante las ovaciones de una multitud de más de cien mil personas: “Esta noche hacéis bien en tirar al fuego estas obscenidades del pasado. Es un acto poderoso, inmenso y simbólico por el que el mundo entero sabrá que el viejo espíritu ha muerto. De estas cenizas surgirá el fénix del nuevo espíritu”. Un muchachito de doce años, Hans Pauker, más tarde director del Instituto Leo Baeck para Estudios Judíos de Londres, estuvo presente en la quema, y recordaba que, mientras arrojaban libros al fuego, los dignatarios declamaban juicios para dar mayor solemnidad a la ocasión[[15]](#footnote-15). “Contra la exageración de los impulsos inconscientes basada en un análisis destructivo de la psique, y a favor de la nobleza del alma humana, entrego a las llamas las obras de Sigmund Freud”, declamó uno de los censores antes de quemar los libros del psiquiatra vienés. Steinbeck, Marx, Zola, Hemingway, Einstein, Proust, H. G. Wells, Heinrich Mann, Jack London, Bertolt Brecht y cientos de otros autores recibieron el homenaje de epitafios parecidos.

**Leer para otros, Cuba, siglo XIX**

Manguel, Alberto (2014). **Una historia de la lectura.** Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 119-122.

No sabía entonces que el arte de leer en voz alta tenía una historia larga y viajera y que, más de un siglo antes, en la Cuba todavía española, había llegado a establecerse como una institución, dentro de las restricciones más prosaicas de la economía. La fabricación de cigarros había sido una de las principales industrias cubanas desde el siglo xvii, pero en la década de 1850 el clima económico cambió. La saturación del mercado americano, el aumento del desempleo y la epidemia de cólera de 1855 convencieron a muchos obreros de que era necesario crear un sindicato para mejorar sus condiciones de trabajo. En 1857 se fundó una Sociedad de Socorros Mutuos de Artesanos y Jornaleros en la que sólo tenían cabida los torcedores de raza blanca; en 1858 se fundó una mutual similar para los trabajadores negros que no eran esclavos. Aquéllos fueron los primeros sindicatos cubanos y los precursores del movimiento sindical cubano de finales de siglo.

En 1865, Saturnino Martínez, fabricante de cigarros y poeta, tuvo la idea de publicar un periódico para los trabajadores de la industria cigarrera, que contendría no sólo artículos políticos sino también otros de ciencia y literatura, además de poemas y cuentos. Con el apoyo de varios intelectuales cubanos, Martínez sacó el primer número de La Aurora el 22 de octubre de aquel año. “Su propósito”, anunciaba en el primer editorial “será ilustrar, de todas las maneras posibles, a la clase social a la que está destinado. Haremos todo lo que esté en nuestro poder para lograr la aprobación general. Si no lo conseguimos, será culpa de nuestras limitaciones, no de nuestra falta de voluntad”. A lo largo de los años, La Aurora publicó obras de los escritores cubanos más importantes del momento, así como traducciones de autores europeos como Schiller y Chateaubriand, reseñas de libros y obras de teatro, y denuncias sobre la tiranía de los propietarios de las fábricas y los sufrimientos de los trabajadores. “¿Saben ustedes” preguntaba a sus lectores el 27 de junio de 1866, “que en las afueras de la Zanja, según cuenta la gente, el dueño de una fábrica pone grilletes a los niños que utiliza como aprendices?”

Pero, como Martínez descubrió muy pronto, el analfabetismo era el obstáculo más grave para que La Aurora se volviera verdaderamente popular; a mediados del siglo xix apenas el 15 por ciento de los trabajadores cubanos sabían leer. Con el fin de que todos ellos tuvieran acceso a la publicación, a Martínez se le ocurrió usar lectores públicos. Habló con el director del colegio secundario de Guanabacoa y sugirió que el colegio proporcionara voluntarios que leyeran a los obreros durante el trabajo. El director, muy entusiasmado por la idea, se reunió con los obreros de la fábrica El Fígaro y, después de obtener el permiso del propietario, los convenció de la utilidad de la iniciativa. En lugar de estudiantes voluntarios, se eligió a uno de los trabajadores como lector oficial, y los otros le pagaron de su propio bolsillo. El 7 de enero de 1866, La Aurora informaba que “ha comenzado la lectura en los talleres, y la iniciativa se debe a los honrados trabajadores de El Fígaro. Ello supone un paso gigante en la marcha del progreso y la mejora de la situación de los trabajadores, puesto que de esa manera se familiarizarán gradualmente con los libros, fuente de eterna amistad y gran entretenimiento”.

Entre los libros leídos figuraban el compendio histórico Batallas del siglo, novelas didácticas como *El cocinero de su Magestad* [sic], de Fernández y González, hoy completamente olvidado, y un *Manual de economía política de Flórez y Estrada*. Con el tiempo, otras fábricas siguieron el ejemplo de El Fígaro. Fue tal el éxito de esas lecturas públicas que en poco tiempo empezaron a considerarse “subversivas”. El 14 de mayo de 1866, el gobernador de Cuba promulgó el siguiente edicto:

1. Se prohíbe distraer a los obreros de las tabaquerías, talleres y tiendas de todas clases con la lectura de libros y periódicos, o con discusiones ajenas al trabajo que realizan. 2. La policía ejercerá una vigilancia constante para asegurar el cumplimiento de este decreto, y pondrá a disposición de mi autoridad a aquellos dueños de talleres, representantes o gerentes que desobedezcan esta orden, de modo que puedan ser juzgados de acuerdo con la ley según la gravedad del caso.

A pesar de la prohibición, se siguieron realizando algunas lecturas clandestinas cada tanto y de una u otra forma; en 1870, sin embargo, habían prácticamente desaparecido. En octubre de 1868, con el estallido de la Guerra de los Diez Años, también desapareció La Aurora. Pero las lecturas públicas no se habían olvidado. En 1869 ya habían reaparecido en suelo norteamericano, de la mano de los propios trabajadores.

La Guerra de los Diez Años comenzó el 10 de octubre de 1868, cuando un terrateniente cubano, Carlos Manuel de Céspedes, y doscientos hombres mal armados tomaron la ciudad de Santiago y proclamaron la independencia de Cuba. A fines de ese mes, después de que Céspedes ofreciera liberar a todos los esclavos que se sumaran a la revolución, su ejército ya había reclutado doce mil voluntarios; en abril del año siguiente Céspedes fue elegido presidente del nuevo gobierno revolucionario. Pero España resistió Cuatro años más tarde Céspedes fue depuesto *in absentia* por un tribunal cubano y en marzo de 1874 fue capturado y fusilado por soldados españoles. Mientras tanto, interesado en acabar con las restricciones comerciales impuestas por España, el gobierno de Estados Unidos había apoyado clamorosamente a los revolucionarios, y Nueva York, Nueva Orleans y Key West abrieron sus puertos a miles de cubanos refugiados. Como resultado, Key West pasó de ser un pequeño pueblo pesquero a una importante comunidad productora de cigarros, nueva capital mundial de los habanos.



Los trabajadores que emigraron a Estados Unidos llevaron consigo, entre otras cosas, la institución del lector: una ilustración de la Practical Magazine de 1873 muestra a uno de aquellos lectores, con gafas y sombrero de ala ancha, sentado con las piernas cruzadas y un libro en las manos mientras una hilera de torcedores de tabaco (todos varones) en chaleco y mangas de camisa se dedican a enrollar puros, al parecer completamente absortos. El material para esas lecturas, acordado de antemano por los trabajadores (quienes, como en los días de El Fígaro, pagaban al lector de su bolsillo), abarcaba desde panfletos políticos y libros de historia a novelas y colecciones de poesía tanto moderna como clásica. Tenían sus libros preferidos: El conde de Montecristo, de Alexandre Dumas, por ejemplo, llegó a ser tan popular que un grupo de trabajadores le escribió al autor, poco antes de su muerte en 1870, pidiéndole que les prestara el nombre de su personaje para uno de sus cigarros. El novelista accedió.



El lector, de Mario Sánchez

Según Mario Sánchez, un pintor de Key West que en 1991 todavía se acordaba de los lectores que les leían a los fabricantes de cigarros a fines de los años veinte, las lecturas tenían lugar en un atento silencio, y no se permitían comentarios ni preguntas hasta que terminara la sesión. “Mi padre”, recordaba Sánchez, “fue lector en la fábrica de cigarros Eduardo Hidalgo Gato desde comienzos de siglo hasta los años veinte. Por las mañanas, leía las noticias, que traducía de los periódicos locales. Las noticias internacionales las leía directamente de los periódicos cubanos que llegaban todos los días en barco desde La Habana. Desde el mediodía hasta las tres de la tarde leía novelas. Se suponía que debía interpretar los personajes imitando sus voces, como un actor”. Los trabajadores que habían pasado varios años en los talleres de la fábrica eran capaces de citar de memoria largos pasajes de poesía y de prosa. Sánchez mencionó a uno que recordaba en su totalidad las Meditaciones de Marco Aurelio. Tener a alguien que les leyera, como descubrieron los cigarreros, les permitía compaginar la actividad mecánica y monótona de enrollar las aromáticas hojas de tabaco con aventuras que podían seguir, ideas que considerar, reflexiones que hacer suyas. No sabemos si, en las largas horas en el taller, lamentaban que el resto de su cuerpo quedara excluido del ritual de la lectura; no sabemos si los dedos de quienes sabían leer anhelaban una página que pasar; no sabemos si quienes no sabían leer se sentían impulsados a aprender.

**La Historia Oral como historia desde abajo**

**Ronald Fraser**

Dos investigadores franceses querían indagar **qué impacto había podido tener entre los campesinos la gran expansión de escolaridad a finales del siglo pasado**. Esta expansión se había estudiado a fondo; **pero de lo que los campesinos y artesanos rurales habían hecho de sus nuevas posibilidades de alfabetización no se sabía casi nada**. Sólo una cosa se sabía: que a principios de este siglo había salido a la calle en París una serie de libritos sencillos, novelas, etc., que parecían haber tenido un gran éxito de mercado. Los investigadores, Michel Bozún y Anne-Marie Thiesse, eligieron varios pueblos e iban con su pregunta: ¿qué leía usted en su juventud?

BOZÚN y THIESSE, ponencia presentada al 4° Congreso internacional de Historia Oral, Aix-en-Provence, 1982 (ejemplar mecanografiado).

Las respuestas fueron las mismas: «no leíamos nada, no teníamos tiempo, nuestro destino era trabajar. Los ricos, los propietarios fueron los únicos que tenían tiempo para leer». Insatisfechos con la respuesta estereotipada pero aún sin entender su sentido profundo, pensaron que habría que elegir otra manera de formular la pregunta. Ya que **leer forma parte del ocio**, volvieron para preguntar qué habían hecho sus interlocutores en sus ratos libres. El resultado no fue mucho más halagüeño: aunque unos pocos comentaron que habían leído alguna cosa, en general los testigos no recordaban el ocio con muchos detalles, y solían hablar más bien de su trabajo. Esto dio la pista a nuestros investigadores: **tenían que situar el ocio dentro del contexto del trabajo**, **había que recoger relatos de vida**. Ahora los resultados fueron impresionantes: los testigos llegaron a confiar en los investigadores porque éstos se interesaban por todos los aspectos de su vida y, recordando su trabajo, recordaban con más detalles sus pocos momentos de ocio y finalmente sus lecturas. Cuando los investigadores sacaron una lista de los títulos de la serie de libritos ya mencionada, muchos no sólo reconocieron los libros, sino que contaron la trama.

Si esta reactivación de la memoria se ciñera a un caso individual, no tendría mucha importancia; pero como fenómeno generalizado tenía otro cariz que **había que situar en su contexto social. En primer lugar, no el hecho de recordar sino el del olvido original**. Los investigadores llegaron a la conclusión que era **un olvido «ideológico**». Con eso querían decir que sus interlocutores habían asumido, incluso a nivel de la memoria, la ideología dominante que no les asignaba el papel de «lector» que era reservado para las clases dominantes. Su papel era el de trabajar. La reactivación de la memoria mediante -y sólo mediante- la posibilidad de relatar sus vidas, de valorizarlas, en particular el trabajo, les permitió romper -aunque fuera sólo momentáneamente- con la ideología dominante. **«Para llegar a la verdad era necesario reconstruir la lógica social del discurso autobiográfico popular»**; (87-88).

1. James Boswell, The Life of Samuel Johnson, ed. John Wain (Londres, 1973). [↑](#footnote-ref-1)
2. T. B. Macaulay, The History of England, 5 vols. (Londres, 1849-61) [↑](#footnote-ref-2)
3. Carlos, sin embargo, era considerado un buen rey por la mayoría de sus súbditos, convencidos de que sus pequeños vicios corregían los grandes. John Aubrey cuenta la historia de un tal Aríse Evans que “tenía una Nariz fungosa, y manifestó que le había sido revelado que la Mano del Rey lo curaría: Y la primera vez que el rey Carlos II pasó por St. James’s Park, le besó la Mano y restregó la Nariz contra ella, lo que desagradó al Rey, pero a él lo curó”: John Aubrey, Miscellanies, en Three Prose Works, ed. John Buchanan-Brown (Oxford, 1972) [↑](#footnote-ref-3)
4. Antonia Fraser, Royal Charles. Charles II and the Restoration (Londres, 1979). [↑](#footnote-ref-4)
5. Janet Duitsman Comelius, When I Can Read My Title Clear: Literacy, Slavery, and Religión in the Antebellum South (Columbia, S. C., 1991). [↑](#footnote-ref-5)
6. Citado en ibídem [↑](#footnote-ref-6)
7. Ibídem. [↑](#footnote-ref-7)
8. Ibídem. [↑](#footnote-ref-8)
9. Ibídem. [↑](#footnote-ref-9)
10. Frederick Douglass, The Life and Times of Frederick Douglass (Hartford, Conn., 1881). [↑](#footnote-ref-10)
11. Citado en Duitsman Comelius, When I Can Read My Title Clear [↑](#footnote-ref-11)
12. Peter Handke, Raspar (Frankfurt am Main, 1967). [↑](#footnote-ref-12)
13. Voltaire, “De Phorrible danger de la Lecture”, en Mémoires, Suivis de Mélanges divers et precedes de “Voltaire démiurge” par Paul Souday (París, 1927). [↑](#footnote-ref-13)
14. Johann Wolfgang von Goethe, Dichtung und Wahrheit, IV:I (Stuttgart, 1986) [↑](#footnote-ref-14)
15. Margaret Horsfield, “The Buming Books” en “Ideas”, CBC Radio Toronto, emitido el 23 de abril de 1990. [↑](#footnote-ref-15)